SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 29 DE ABRIL DE 2001
Turismo 12

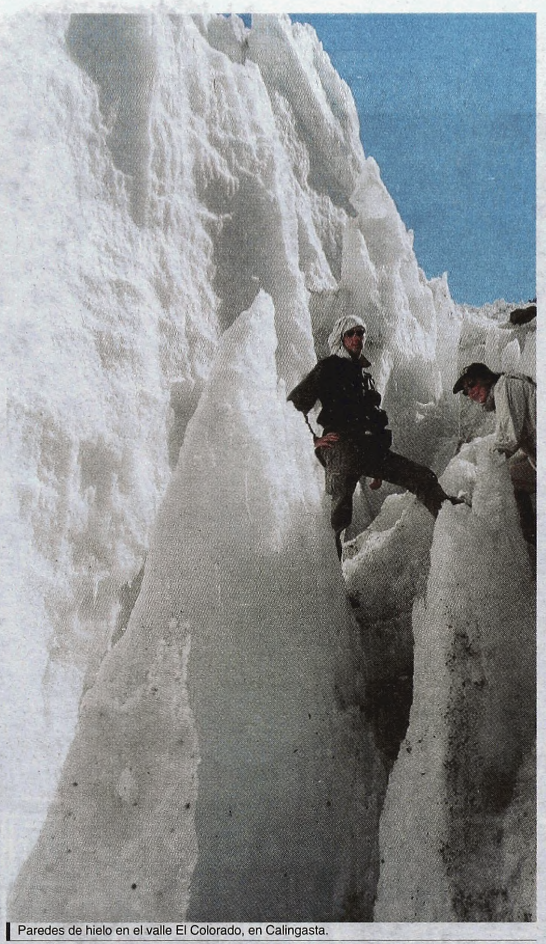
De La Paz a la Isla del Sol, cruzando otra civilización

CAMINOS DEL ALTIPLANO

Noticiero

Inversión en Paradores

Paradores de Turismo de España anunció un fuerte plan de inversiones que culminará en 2004, financiado con recursos propios de la empresa y destinado a mejorar las instalaciones de los 85 Paradores que componen actualmente la red. El plan fue presentado en la Feria Internacional de Turismo de Berlín y confirmada por Ana Isabel Mariño, presidenta de la entidad. El objetivo es que los Paradores alcancen el estándar de confort propio de la cadena, sin olvidar la mejora de comunicaciones y herramientas informáticas que permitirán la mejora de los canales de comunicación y comercialización. Entre las mejores incluidas en la gestión hotelera se incluye con especial atención la gestión medioambiental, la construcción de nuevos sistemas de tratamiento de residuos sólidos, la depuración de aguas y la mejora en las condiciones ambientales dentro de los hoteles, en línea con la tendencia de desarrollo económico sostenible. En algunos paradores se verán intensas reparaciones y renovaciones, debido al desgaste que sufrieron en los últimos años. Exhiben el cartel de "cerrado por obra" las sedes de Ayamonte, Fuente Do, Gomera, Gredos, Jávea, Nerja, Pontevedra y Ubeda, entre otros.


Paredes de hielo en el valle El Colorado, en Calingasta.


El paisaje único del Valle de la Luna.

NOROESTE *San Juan*

Remanso sanjuanino

Viñedos, olivares, canteras de mármol y una casa simbólica con su parra. Son imágenes de San Juan, cuya capital se levanta como un oasis en medio de la cordillera, y es el punto de partida de interesantes circuitos histórico-naturales.

POR GRACIELA CUTULI

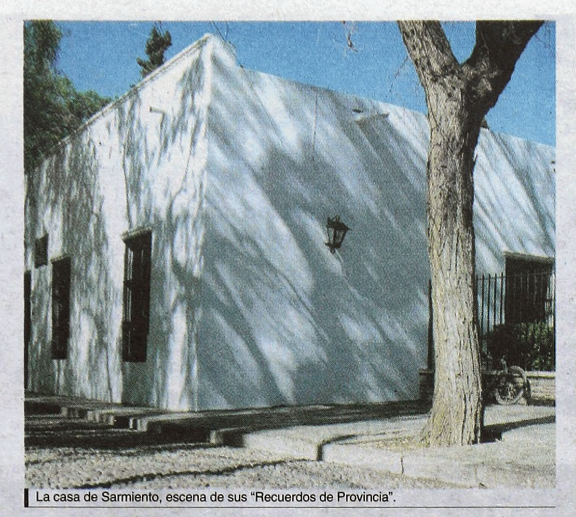
Rodeada de naturaleza, de valles y montañas donde se desparraman viñedos y olivares sin fin, San Juan busca imponerse a esa misma naturaleza. Es una batalla a veces desigual, que en 1944 ganó el terremoto que destruyó la ciudad y la obligó a renacer de sus cenizas: desde entonces, la aguja de la balanza se inclina hacia esta capital profusamente arbolada y caracterizada por su arquitectura moderna y funcional, con edificios de amplios ventanales, anchas avenidas bien iluminadas y el espléndido marco de los macizos montañosos que la rodean.

Costa Magna, un rincón de agua y playa en plena sierra.

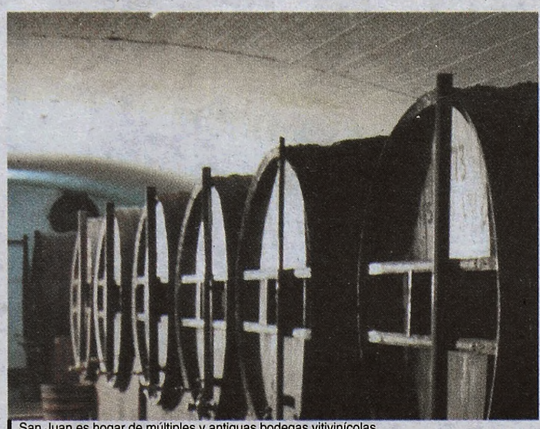
SIEMPRE EL SOL Por su ubicación y altura, 650 metros sobre el nivel del mar, en San Juan el clima es de tipo continental: es decir, calor intenso en verano y frío igualmente intenso en invierno, pero con el permanente alivio de ese sol al que los sanjuaninos llaman "el poncho de los pobres". Y del turista...

La visita a la provincia bien puede comenzar en la capital, y dentro de ella en la céntrica plaza 25 de Mayo. Aquí no hay catedral colonial, ya que no quedó en pie después del sismo, sino un edificio nuevo inaugurado en 1979, con un afilado campanil al que se puede subir para divisar la ciudad desde 53 metros de altura. Lo más destacado son algunas imágenes antiguas conservadas en el interior, el Tabernáculo de la vieja catedral, el portal de bronce labrado en la ciudad italiana de Faenza y la capilla de Fray Justo Santa María de Oro.

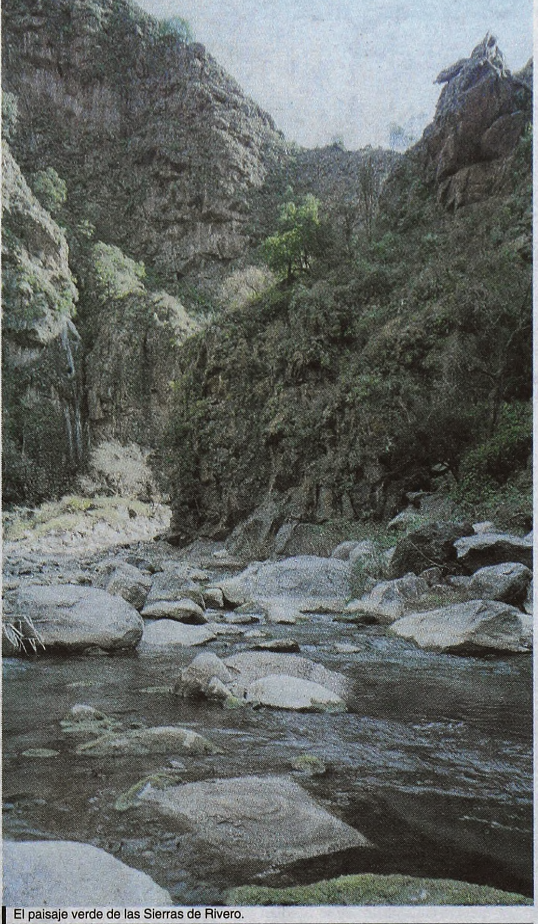
Otro de los principales edificios religiosos es el Convento de Santo Domingo, fundado por los dominicos, la primera orden que se instaló en la provincia de San Juan. Queda en pie parte del antiguo claustro, del siglo XVIII, y un par de habitaciones ocupadas por San Martín durante su paso en la campaña a Chile. No muy lejos, se levanta el Museo Histórico Sarmiento Casa Natal, único testimonio de arquitectura colonial que se conserva en la ciudad. Allí nació Domingo Faustino Sarmiento, el 15 de febrero de 1811: un siglo más tarde, la casa fue declarada Monumento Histórico Nacional. Es un conjunto de nueve salas y tres habitaciones de servicio distribuidas, como era corriente en la época, en torno de dos patios. La higuera y el telar de doña Paula Albarracín, todo un mito de nuestra historia, estaban junto al primero de esos patios y hoy se conservan una réplica del telar y un retoño del árbol como homenaje a la familia del prócer, iconos que atraen cada



La casa de Sarmiento, escena de sus "Recuerdos de Provincia".



San Juan es hogar de múltiples y antiguas bodegas vitivinícolas.



El paisaje verde de las Sierras de Rivero.

Noticiero

Edición de "BUY Argentina"

La edición número IX de *BUY Argentina*, organizado por la Secretaría de Turismo de la Nación (Sectur) y la Cámara Argentina de Turismo (CAT), reunió a más de 120 operadores-compradores turísticos extranjeros con 100 operadores de nuestro país. El encuentro fue para que operadores extranjeros conozcan la oferta local y concreten negocios con representantes del sector (operadores argentinos, hoteleros y representantes de diversas actividades relacionadas con las diferentes actividades y productos turísticos como el turismo en parques nacionales, de estancias, cultural, aventura, ecoturismo, étnico, etc.). Buy Argentina organizó recorridas por la ciudad de Buenos Aires y visitas a distintos destinos del interior para los operadores del exterior. En esta oportunidad, viajaron hacia la Patagonia: divididos en dos grupos conocerán la Patagonia Austral y la de los lagos. Los operadores asistentes provienen de Alemania, Australia, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Ecuador, España, Estados Unidos, Filipinas, Finlandia, Francia, Guatemala, Holanda, Hungría, Inglaterra, Israel, Italia, Japón, Malasia, México, Noruega, Nueva Zelanda, Panamá, Polonia, Portugal, Puerto Rico, Sudáfrica y Venezuela.

DATOS UTILES

Las agencias locales organizan visitas de tres horas por la capital sanjuanina, el "Circuito Chico", visitando el Auditorio Juan Victoria, la Quebrada de Zonda, la Champagnera Cavas de Zonda, el Dique José Ignacio de la Roza, el Dique de Ullum y el Complejo Bahía de las Tablas. $ 35 por persona. Dos personas, $20 cada una. Otra opción es el "Circuito Antiguo", que lleva a conocer la palmera de dos brazos (una especie única en el mundo), la plaza fundacional Luis Jufré, el Museo Arqueológico de La Laja y la Bodega Resero. Los precios son similares al circuito anterior. Transporte terminal de ómnibus-ciudad: $3 por persona. Transporte aeropuerto-ciudad: $8 por persona. Informes en los teléfonos: (0264) 155658327; (0264) 156-611817; (0264) 155-669816. Durante las vacaciones de invierno, se promueve el montaje en la vereda de la Dirección de Turismo sanjuanina de una exposición de fotos sobre los atractivos turísticos locales. También se organizan cabalgatas guiadas al departamento de Albardón, Piedras Pintadas y Villicum ($60 por persona, no menos de seis pêrsonas por grupo). Se presenta, por otra parte, una exposición interactiva sobre Sarmiento en su casa natal, y los viernes y sábados por la noche se puede asistir a peñas folklóricas.

año a unos 150.000 visitantes.

Antes de dejar San Juan rumbo a los valles, hay que visitar la Plaza Laprida –los domingos se organiza un mercado de pulgas bajo los frondosos plátanos que la cubren– y el Museo de Ciencias Naturales. Considerando que San Juan es una suerte de auténtico Jurassic Park, las colecciones de este museo son dignas de verse: aquí hay restos fósiles y réplicas de animales que vivieron en la región hace millones de años. Muchos huesos y huellas, extraordinariamente conservados gracias a las características del clima, proceden de Ischigualasto, el famoso Valle de la Luna sanjuanino.

Finalmente, el Auditorio Ingeniero Juan Victoria, una sala de conciertos con capacidad para 1000 espectadores, está considerada como una de las mejores del mundo por su diseño –único en Sudamérica– que redunda en una extraordinaria acústica. La sala cuenta además con un órgano alemán de 3565 tubos y 71 registros.

EN LAS AFUERAS Durante todo el año, y en sólo medio día, se puede seguir la visita en las afueras de San Juan, por la quebrada y el Valle del Zonda. Dejando atrás una fábrica envasadora de aceitunas –sus curiosos silos parecen justamente botellones para aceitunas– y la fábrica de cemento Loma Negra, se llega al área recreativa del Parque de Zonda y su "Jardín de losPoetas", cuyas plantas y flores dibujan las formas del escudo nacional (se ven mejor desde el cerro enfrentado al escudo). En este lugar se encuentra también el Parque del Estero de Zonda y el famoso autódromo homónimo, construido en la misma ladera de los cerros: allí se realizan periódicamente competencias automovilísticas, pero el trazado del lugar no sólo es atractivo para los corredores, sino también para los fotógrafos, por sus formas y ubicación. En uno de los límites del parque, hay otro sitio histórico que merece visitarse: es una antigua zona de baños termales donde Sarmiento, en camino a su exilio en Chile, escribió aquella conocida frase de que "las ideas no se matan". El tiempo, claro, se encargaría de darle la razón.


El mercado de las brujas, en La Paz, la vieja calle donde se vendían hierbas medicinales y de magia. Quedó el fascinante nombre.

Recorriendo el altiplano podemos encontrar un rasgo de lo que es Bolivia. La Paz, Coroico y la Isla del Sol son los destinos elegidos en esta región para descubrir y disfrutar una parte de los encantos bolivianos y su diversidad. De los mercados bulliciosos y coloridos de la capital, al silencio imperial de la isla sagrada, pasando por las trillas de montaña de Coroico.

BOLIVIA *Camino del altiplano*

De La Paz al

POR ESTEBAN ELIASEVICH

A tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, al pie del imponente nevado del Illimani, reposando en un valle cavado y seco, La Paz es el centro político, económico y cultural más importante del país. La capital no puede perder de vista sus montañas: asoman entre los pocos edificios altos del centro, cierran la perspectiva final de las calles laderas marrones cubiertas hasta lo inverosímil de casas bajas. Arriba, como un gran balcón, está El Alto, el gran suburbio que hoy es municipalidad independiente y que regala una de las grandes vistas del mundo, la de una capital de 600.000 almas al pie de un precipicio.

La ciudad tiene un eje, una gran avenida que cambia varias veces de nombre, pero que todo el mundo llama El Prado, como en tiempos de la colonia. Como en toda ciudad de montaña, donde 100 metros horizontales son un milagro, el tránsito es caótico y difícil. El Prado es el centro de un nutrido y movedizo mazacote de minivans, autos y camiones, que se mueven en un extraño silencio donde casi no hay bocinazos y es permanente el canto de los boleteros, que recitan musicalmente los largos recorridos de sus vans.

La zona de Sopocachi, cerca de la universidad y del espléndido Museo de Tiwanaku, es donde se reúnen los hoteles internacionales, las mejores librerías y un puñado de cafés muy bien puestos. Este segmento de El Prado es un paseo donde todavía se alzan algunas de las coloridas casonas señoriales de principios de siglo, transformadas en escuelas privadas y en museos de arte y artesanía. Pocas cuadras más adelante, cuando se llega al centro y la avenida se llama Santa Cruz, el tránsito se empaca en un nudo de transferencia y cruza un mercado al aire libre. A un lado, sobre una plaza seca que está siendo restaurada a su aspecto original, se alza la basílica de San Francisco, un templo de piedra opaca construido en 1549, con una espléndida fachada plateresca con elementos mestizos y solares.

Por el costado de la iglesia sube la calle de Sagárnaga, un espléndido mercado de artesanías y antigüedades, merecido imán del turismo. Por esa calle y por la de Linares –todavía conocida como de Las Brujas, porque era el lugar donde se vendían hierbas y amuletos medicinales– se aprietan los puestos y tiendas de tejidos, platería, tallas y objetos variopintos, que van del "recuerdo de La Paz" a la más fina tradición altoperuana. Llaman la atención los ponchos y las tiendas especializadas en tejidos antiguos. Todavía más arriba se encuentra el colorido mercado Camacho, un largo tramo de Sagárnaga dedicado a las verduras, las especies y los zapallos gigantes, y el mercado Negro, sobre la calle Max Paredes, que arranca con electrodomésticos y termina con materiales eléctricos y de construcción, todo a precio de freeshop. En algún rincón, el que esté atento encontrará locales diminutos donde las koyas compran sus sombreros de copa. Por la altura, conviene tomarse un taxi –el recorrido más largo, cruzando casi la ciudad, cuesta apenas un par de dólares– y bajar desde la Paredes.


Uno de los fantásticos puestos de la calle Sagárnaga, hogar de artesanos. Está en pleno centro y es un imán para cazadores de oportunidades.

De vuelta en San Francisco, basta cruzar la calle y caminar –despacio, que es empinado– unos pocos cientos de metros para llegar a la plaza Murillo. Las calles cercanas a la plaza son alegres mercados donde se vende de todo: de zapatillas de marca hasta hojas de coca, pasando por enchufes, ekekos, flores, jugos, comidas de todo tipo y hasta chapitas de gaseosas coleccionables. Es bueno patrocinar estos puestos, que venden todo –y especialmente rollos fotográficos– a excelentes precios.

La plaza Murillo es el corazón de la ciudad vieja y está rodeada del Palacio del Quemado, sede de la presidencia, del amarillísimo Legislativo, de la catedral, de las joyerías con la mejor platería de la ciudad. En una esquina se alza el viejo y ahora restaurado Hotel París, dueño de un bar que no cambió en sesenta años y donde se sirven comidas bolivianas de guante blanco y a un precio increíblemente conveniente. Más arriba -nuevamente, lo mejor es ir en taxi– se llega a la imperdible calle de Jaén, un conjunto restaurado a su esplendor colonial que alberga varios museos cuyo contenido tal vez no sea de nivel internacional, pero que son, en realidad, casonas de los siglos XVI y XVII que vale la pena recorrer.

El disfrute de la ciudad está en todos sus rincones. A la paleta natural de ocres y marrones se le superpone el intenso color local de bolivianos de todas las etnias, firmes en sus ponchos y sombreros, de la venta políglota de todo lo imaginable, de la politización insurrecta de los campesinos, que mantienen un foro permanente de discusiones que duran horas en la plazuela frente a San Francisco.

Por la noche, la ciudad se calma y los paceños hacen su aparición por los bares, un espectáculo aparte. Ver a dos o más personas caminando abrazadas por la calle es algo más que un símbolo de amistad, es principalmente un punto de apoyo para llegar a casa: la caña crea esta espontánea solidaridad entre desconocidos que ya no pueden con sus cuerpos. La Paz tiene buenos restaurantes que ofrecen curiosidades como la carne de llama o "tours" como los "menúes criollos", donde se puede probar un poco de todo. Luego siguen los cafés, en lugares como el Shakespeare Bar.

La Paz, como toda Bolivia, es un lugar seguro si se toman las elementales precauciones. El viajero amable puede llevar los bolsillos llenos de caramelos para los muchos chicos que piden, dulcemente, con la mano extendida y la frase "regálame, papá".

COROICO Desde La Paz es sencillo movilizarse hacia otros focos de atención en la región del Altiplano. Recorriendo escasas distancias pueden visitarse las ruinas arqueológicas de Tiwanaku, el cerro Illimani, el Valle de la Luna, dirigirse hacia el mítico lago Titikaka o internarse en el clima subtropical de Las Yungas, en pueblos como Coroico.

Al sureste de La Paz, a 1750 metros sobre el nivel del mar, Coroico es la capital de Las Yungas. Lo más recomendable para llegar son los minibuses de la Flota Yungueña, ya que la ruta que une este trayecto tiene una denominación que la distingue: La Ruta de la Muerte. Son dos horas y media recorriendo un camino tallado en la montaña, de asfalto y ripio, que se prolongan en pendientes al filo de la espesura de la selva subtropical. Es una montaña rusa de cataratas, cornisas y abismos, que se recorre a pura adrenalina. Las nubes recorren el mismo camino apareciendo de frente, a los costados y abajo. Serpenteando por entre la

BOLIVIA *Camino del altiplano*

De La Paz al Sol



El mercado de las brujas, en La Paz, la vieja calle donde se vendían hierbas medicinales y de magia. Quedó el fascinante nombre.

Recorriendo el altiplano podemos encontrar un rasgo de lo que es Bolivia. La Paz, Coroico y la Isla del Sol son los destinos elegidos en esta región para descubrir y disfrutar una parte de los encantos bolivianos y su diversidad. De los mercados bulliciosos y coloridos de la capital, al silencio imperial de la isla sagrada, pasando por las trillas de montaña de Coroico.



Isla del sol, en el lago Titikaka, hogar del palacio de Pilkokaina y del laberinto, lugar sagrado en el llamado Lago Sagrado.

POR ESTEBAN ELIASEVICH

A tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, al pie del imponente nevado del Illimani, reposando en un valle cavado y seco, La Paz es el centro político, económico y cultural más importante del país. La capital no puede perder de vista sus montañas: asoman entre los pocos edificios altos del centro, cierran la perspectiva final de las calles laderas marrones cubiertas hasta lo inverosímil de casas bajas. Arriba, como un gran balcón, está El Alto, el gran suburbio que hoy es municipalidad independiente y que regala una de las grandes vistas del mundo, la de una capital de 600.000 almas al pie de un precipicio.

La ciudad tiene un eje, una gran avenida que cambia varias veces de nombre, pero que todo el mundo llama El Prado, como en tiempos de la colonia. Como en toda ciudad de montaña, donde 100 metros horizontales son un milagro, el tránsito es caótico y difícil. El Prado es el centro de un nutrido y movedizo mazacote de minivans, autos y camiones, que se mueven en un extraño silencio donde casi no hay bocinazos y es permanente el canto de los boleteros, que recitan musicalmente los largos recorridos de sus vans.

La zona de Sopocachi, cerca de la universidad y del espléndido Museo de Tiwanaku, es donde se reúnen los hoteles internacionales, las mejores librerías y un puñado de cafés muy bien puestos. Este segmento de El Prado es un paseo donde todavía se alzan algunas de las coloridas casonas señoriales de principios de siglo, transformadas en escuelas privadas y en museos de arte y artesanía. Pocas cuadras más adelante, cuando se llega al centro y la avenida se llama Santa Cruz, el tránsito se empaca en un nudo de transferencia y cruza un mercado al aire libre. A un lado, sobre una plaza seca que está siendo restaurada a su aspecto original, se alza la basílica de San Francisco, un templo de piedra opaca construido en 1549, con una espléndida fachada plateresca con elementos mestizos y solares.

Por el costado de la iglesia sube la calle de Sagárnaga, un espléndido mercado de artesanías y antigüedades, merecido imán del turismo. Por esa calle y por la de Linares –todavía conocida como de Las Brujas, porque era el lugar donde se vendían hierbas y amuletos medicinales– se aprietan los puestos y tiendas de tejidos, platería, tallas y objetos variopintos, que van del "recuerdo de La Paz" a la más fina tradición altoperuana. Llaman la atención los ponchos y las tiendas especializadas en tejidos antiguos. Todavía más arriba se encuentra el colorido mercado Camacho, un largo tramo de Sagárnaga dedicado a las verduras, las especies y los zapallos gigantes, y el mercado Negro, sobre la calle Max Paredes, que arranca con electrodomésticos y termina con materiales eléctricos y de construcción, todo a precio de freeshop. En algún rincón, el que esté atento encontrará locales diminutos donde las koyas compran sus sombreros de copa. Por la altura, conviene tomarse un taxi –el recorrido más largo, cruzando casi la ciudad, cuesta apenas un par de dólares– y bajar desde la Paredes.



Uno de los fantásticos puestos de la calle Sagárnaga, hogar de artesanos. Está en pleno centro y es un imán para cazadores de oportunidades.

De vuelta en San Francisco, basta cruzar la calle y caminar –despacio, que es empinado– unos pocos cientos de metros para llegar a la plaza Murillo. Las calles cercanas a la plaza son alegres mercados donde se vende de todo: de zapatillas de marca hasta hojas de coca, pasando por enchufes, ekekos, flores, jugos, comidas de todo tipo y hasta chapitas de gaseosas coleccionables. Es bueno patrocinar estos puestos, que venden todo –y especialmente rollos fotográficos– a excelentes precios.

La plaza Murillo es el corazón de la ciudad vieja y está rodeada del Palacio del Quemado, sede de la presidencia, del amarillísimo Legislativo, de la catedral, de las joyerías con la mejor platería de la ciudad. En una esquina se alza el viejo y ahora restaurado Hotel París, dueño de un bar que no cambió en sesenta años y donde se sirven comidas bolivianas de guante blanco y a un precio increíblemente conveniente. Más arriba -nuevamente, lo mejor es ir en taxi– se llega a la imperdible calle de Jaén, un conjunto restaurado a su esplendor colonial que alberga varios museos cuyo contenido tal vez no sea de nivel internacional, pero que son, en realidad, casonas de los siglos XVI y XVII que vale la pena recorrer.

El disfrute de la ciudad está en todos sus rincones. A la paleta natural de ocres y marrones se le superpone el intenso color local de bolivianos de todas las etnias, firmes en sus ponchos y sombreros, de la venta políglota de todo lo imaginable, de la politización insurrecta de los campesinos, que mantienen un foro permanente de discusiones que duran horas en la plazuela frente a San Francisco.

Por la noche, la ciudad se calma y los paceños hacen su aparición por los bares, un espectáculo aparte. Ver a dos o más personas caminando abrazadas por la calle es algo más que un símbolo de amistad, es principalmente un punto de apoyo para llegar a casa: la caña crea esta espontánea solidaridad entre desconocidos que ya no pueden con sus cuerpos. La Paz tiene buenos restaurantes que ofrecen curiosidades como la carne de llama o "tours" como los "menúes criollos". donde se puede probar un poco de todo. Luego siguen los cafés, en lugares como el Shakespeare Bar.

La Paz, como toda Bolivia, es un lugar seguro si se toman las elementales precauciones. El viajero amable puede llevar los bolsillos llenos de caramelos para los muchos chicos que piden, dulcemente, con la mano extendida y la frase "regálame, papá".

COROICO Desde La Paz es sencillo movilizarse hacia otros focos de atención en la región del Altiplano. Recorriendo escasas distancias pueden visitarse las ruinas arqueológicas de Tiwanaku, el cerro Illimani, el Valle de la Luna, dirigirse hacia el mítico lago Titikaka o internarse en el clima subtropical de Las Yungas, en pueblos como Coroico.

Al sureste de La Paz, a 1750 metros sobre el nivel del mar, Coroico es la capital de Las Yungas. Lo más recomendable para llegar son los minibuses de la Flota Yungueña, ya que la ruta que une este trayecto tiene una denominación que la distingue: La Ruta de la Muerte. Son dos horas y media recorriendo un camino tallado en la montaña, de asfalto y ripio, que se prolongan en pendientes al filo de la espesura de la selva subtropical. Es una montaña rusa de cataratas, cornisas y abismos, que se recorre a pura adrenalina. Las nubes recorren el mismo camino apareciendo de frente, a los costados y abajo. Serpenteando por entre la cordillera y valles recortados, entre la exuberante vegetación se adivinan pequeños pueblos. Las faldas de la montaña, de terreno fértil, rebozan de plantaciones de café y coca de hoja chica, reputadamente la mejor y más dulce.

Otra curva anuncia Coroico. Asoman las tejas de las descoloridas casas coloniales, calles empedradas con aceras angostísimas, balcones como atalayas y una implacable sensación de que el tiempo se detuvo en este sitio. Alrededor de la plaza central, su iglesia y unos pocos bares se desentraña el centro del pueblo. Caminando hacia el hospital, está el hostal El Cafetal, en la montaña e ideal para dejar que el tiempo pase, viendo las nubes la gran niebla que transforma todo en una gran nube.

Al ser subtropical, en Coroico es habitual toparse con tupida vegetación y mariposas de colores y tamaños tan diferentes y grandes que sería imposible calificar tanta belleza. Al llegar a la plaza central un camino empieza su rumbo hacia las cascadas a casi dos horas de trayecto.

Los senderos están bien marcados, pero uno puede acabar caminando por los campos de cultivo de coca que se expanden en todas las direcciones. Caminando desde la plaza central se llega al cerro Uchumachi.

ISLA DEL SOL Esta isla enclavada en el lago Titikaka, en el Altiplano Andino, está llena de mitos y leyendas. El visitante se sorprende con la cultura de sus habitantes y con el azul de las aguas. Desde Copacabana, una embarcación llega a la Isla al cabo de algo más de una hora. La islaes la ruta obligada para aquellos que van o vienen de Machu Picchu al Alto Perú.

Según la leyenda, un túnel subterráneo comunicaba a la isla con el centro del Imperio Inca. Otra leyenda cuenta que los hijos del dios del Sol, Inti, dieron a luz en este lugar: Manco Capac y Mama Ollo. El primero, fundador de la dinastía inca. Cuando la embarcación surca este mítico lago, a 3800 metros el más alto del mundo, se apodera de uno la sensación de majestuosidad al punto de sentirse en el océano. Al llegar a Yumani, extremo sureste de la isla, se ven extendiéndose hacia lo alto las terrazas de sembradíos, un rasgo distintivo de aquel gran imperio.

Para llegar a la parte más habitada de la isla hay que subir el centenar de escalones de las Escaleras del Inca, por lo que conviene refrescarse en sus Fuentes del Agua, que corren frescas y, dicen, dan vida larga y felicidad. Desde arriba se contempla el lago en su extensión, rodeados de construcciones en el estilo tradicional, con patios cerrados con muros de laja y piedra que actúan como cercos. Es realmente otra civilización y no hay vehículo motorizado alguno, sólo bicicletas, burros y piernitas para moverse. Si la noche es de luna llena y de cielo despejado en estrellas, la luz es única y deja ver la cordillera, las lejanas luces de La Paz y alguno que otro poblado peruano.

A la hora de cenar, el plato típico son unas exquisitas truchas, a tres dólares cada una. El dueño del restaurante local, un consejero de la isla, impresiona por su devoción al hablar de la cultura aymara, predominante en esta región, las bondades del imperio incaico, la pasión por la cultura y el agobio que sufren para protegerla.

La isla ofrece largas caminatas y, para refrescarse, las aguas del lago más alto del mundo, bajando por senderos que contrastan los tonos calizos azules de las piedras con el tono de sus aguas. No es muy usual que alguien se bañe y nade, pero a lo sumo vigilan alguna llama o una chola. La isla puede cruzarse de punta a punta en apenas cuatro horas, pasando de paisajes casi lunares a rincones caribeños como la aldea de Challa, de arena blanca y agua azul profundo. En el camino se cruzan ruinas incas como el Palacio de Pikokayna y hasta restos de civilizaciones anteriores, como la Chinkana. En cada caleta habitada trabajan los pescadores, todavía usando sus embarcaciones de paja atada.

LO QUE HAY QUE VER

La Paz: Mirador de El Alto, para observar toda La Paz; Plaza Murillo; templo y convento de San Francisco; Templo de Santo Domingo; Museo de Arqueología (calle Tiawanaku); mercados: hechicería (calle Linares), artesanal (calles Linares y Sagárnaga), Negro (calle Max Paredes), de la Coca (calle Linares), todos ubicados en la Zona Central. Eventos: El 24 de enero se realiza el Festival de Alasitas, referente a la abundancia, en el cual los fieles ofrendan autos, casas todo en miniatura.

Coroico: Desde La Paz lo más recomendable son los minibuses la Flota Yungueña, que se toman en la plaza central de Coroico para la vuelta. Alojamiento: Hostal Sol y Luna (01-561626), Hostal El Cafetal (01933979).

Qué visitar: Cerro Uchumachi, las Cascadas. Todos los senderos se encuentran perfectamente señalados y la caminata dura aproximadamente dos horas a cada lugar.

Isla del Sol: Lo más recomendable es hacerlo por cuenta propia ya que salen combis a precios económicos desde La Paz hacia Copacabana, debiendo atravesar en balsa el Estrecho de Tiquina. Desde Copacabana se toma una embarcación hasta el extremo sur de la Isla del Sol (Yumani). Este recorrido no pasa de tres horas. En Isla del Sol se puede dormir en losdiferentes hoteles y hospedajes, teniendo en cuenta que muchos de ellos no cuentan con agua caliente y energía eléctrica.

Qué visitar: Unir los extremos de la isla lleva unas cuatro horas. En Yumani ver las Escaleras del Inca, Fuente del Inca. Challapampa: el Palacio del Inca, El altar y La Chinkana. Informes: Folgar Viajes. Esmeralda 961, 3° E. Tel.: 4311-2960-6937.



La plaza Mayor de Coroico, centro de salidas y trillas de montaña.

CUESTION DE ALTURA

Viajar por el Altiplano requiere de un par de condiciones absolutamente básicas e imprescindibles. La primera es la de no correr y dejar que el tiempo transcurra sin acelerarnos, ya que aquí un paso de más puede significar una falta de aire preocupante y hasta sentir algo de náuseas. El síntoma es claro: el mal de Sorochi o sea el mal de la altura. Hay que comer liviano, respetar realmente la agitación que crea a falta de aire y hacerse amigo del mate de coca, bebida universal que, con bastante azúcar, no está tan mal. Existen pastillas para el mal, pero hay que precaverse de no mezclarlas con otras medicaciones. La mayoría de los hoteles disponen de cilindros de oxígeno: diez minutos a baja presión cada dos horas permiten dormir en paz y compensar la altura. Eventualmente, y variando de acuerdo a cada persona, uno se adapta.



sla del sol, en el lago Titikaka, hogar del palacio de Pilkokaina y del laberinto, lugar sagrado en el llamado Lago Sagrado.





Sol

rdillera y valles recortados, entre la uberante vegetación se adivinan queños pueblos. Las faldas de la ontaña, de terreno fértil, rebozan plantaciones de café y coca de ja chica, reputadamente la mejor más dulce.

Otra curva anuncia Coroico. Aso-an las tejas de las descoloridas ca-s coloniales, calles empedradas con eras angostísimas, balcones como alayas y una implacable sensación que el tiempo se detuvo en este

sitio. Alrededor de la plaza central, su iglesia y unos pocos bares se desentraña el centro del pueblo. Caminando hacia el hospital, está el hostal El Cafetal, en la montaña e ideal para dejar que el tiempo pase, viendo las nubes la gran niebla que transforma todo en una gran nube.

Al ser subtropical, en Coroico es habitual toparse con tupida vegetación y mariposas de colores y tamaños tan diferentes y grandes que sería imposible calificar tanta belleza. Al llegar a la plaza central un camino empieza su rumbo hacia las cascadas a casi dos horas de trayecto.

Los senderos están bien marcados, pero uno puede acabar caminando por los campos de cultivo de coca que se expanden en todas las direcciones. Caminando desde la plaza central se llega al cerro Uchumachi.

ISLA DEL SOL Esta isla enclavada en el lago Titikaka, en el Altiplano Andino, está llena de mitos y leyendas. El visitante se sorprende con la cultura de sus habitantes y con el azul de las aguas. Desde Copacabana, una embarcación llega a la Isla al cabo de algo más de una hora. La islaes la ruta obligada para aquellos que van o vienen de Machu Picchu al Alto Perú.

Según la leyenda, un túnel subterráneo comunicaba a la isla con el centro del Imperio Inca. Otra leyenda cuenta que los hijos del dios del Sol, Inti, dieron a luz en este lugar: Manco Capac y Mama Ollo. El primero, fundador de la dinastía inca. Cuando la embarcación surca este místico lago, a 3800 metros el más alto del mundo, se apodera de uno la sensación de majestuosidad al punto de sentirse en el océano. Al llegar a Yumani, extremo sureste de la isla, se ven extendiéndose hacia lo alto las terrazas de sembradíos, un rasgo distintivo de aquel gran imperio.

Para llegar a la parte más habitada de la isla hay que subir el centenar de escalones de las Escaleras del Inca, por lo que conviene refrescarse en sus Fuentes del Agua, que corren frescas y, dicen, dan vida larga y felicidad. Desde arriba se contempla el lago en su extensión, rodeados de construcciones en el estilo tradicional, con patios cerrados con muros de laja y piedra que actúan como cercos. Es realmente otra civilización y no hay vehículo motorizado alguno, sólo bicicletas, burros y piernitas para moverse. Si la noche es de luna llena y de cielo despejado en estrellas, la luz es única y deja ver la cordillera, las lejanas luces de La Paz y alguno que otro poblado peruano.

A la hora de cenar, el plato típico son unas exquisitas truchas, a tres dólares cada una. El dueño del restaurante local, un consejero de la isla, impresiona por su devoción al hablar de la cultura aymara, predominante en esta región, las bondades del imperio incaico, la pasión por la cultura y el agobio que sufren para protegerla.

La isla ofrece largas caminatas y, para refrescarse, las aguas del lago más alto del mundo, bajando por senderos que contrastan los tonos calizos azules de las piedras con el tono de sus aguas. No es muy usual que alguien se bañe y nade, pero a lo sumo vigilan alguna llama o una chola. La isla puede cruzarse de punta a punta en apenas cuatro horas, pasando de paisajes casi lunares a rincones caribeños como la aldea de Challa, de arena blanca y agua azul profundo. En el camino se cruzan ruinas incas como el Palacio de Pikokayna y hasta restos de civilizaciones anteriores, como la Chinkana. En cada caleta habitada trabajan los pescadores, todavía usando sus embarcaciones de paja atada.

LO QUE HAY QUE VER

La Paz: Mirador de El Alto, para observar toda La Paz; Plaza Murillo; templo y convento de San Francisco; Templo de Santo Domingo; Museo de Arqueología (calle Tiawanaku); mercados: hechicería (calle Linares), artesanal (calles Linares y Sagárnaga), Negro (calle Max Paredes), de la Coca (calle Linares), todos ubicados en la Zona Central. Eventos: El 24 de enero se realiza el Festival de Alasitas, referente a la abundancia, en el cual los fieles ofrendan autos, casas todo en miniatura.

Coroico: Desde La Paz lo más recomendable son los minibuses la Flota Yungueña, que se toman en la plaza central de Coroico para la vuelta. Alojamiento: Hostal Sol y Luna (01-561626), Hostal El Cafetal (01933979).

Qué visitar: Cerro Uchumachi, las Cascadas. Todos los senderos se encuentran perfectamente señalados y la caminata dura aproximadamente dos horas a cada lugar.

Isla del Sol: Lo más recomendable es hacerlo por cuenta propia ya que salen combis a precios económicos desde La Paz hacia Copacabana, debiendo atravesar en balsa el Estrecho de Tiquina. Desde Copacabana se toma una embarcación hasta el extremo sur de la Isla del Sol (Yumani). Este recorrido no pasa de tres horas. En Isla del Sol se puede dormir en losdiferentes hoteles y hospedajes, teniendo en cuenta que muchos de ellos no cuentan con agua caliente y energía eléctrica.

Qué visitar: Unir los extremos de la isla lleva unas cuatro horas. En Yumani ver las Escaleras del Inca, Fuente del Inca. Challapampa: el Palacio del Inca, El altar y La Chinkana. Informes: Folgar Viajes. Esmeralda 961, 3° E. Tel.: 4311-2960-6937.



La plaza Mayor de Coroico, centro de salidas y trillas de montaña.

CUESTION DE ALTURA

Viajar por el Altiplano requiere de un par de condiciones absolutamente básicas e imprescindibles. La primera es la de no correr y dejar que el tiempo transcurra sin acelerarnos, ya que aquí un paso de más puede significar una falta de aire preocupante y hasta sentir algo de náuseas. El síntoma es claro: el mal de Sorochi o sea el mal de la altura. Hay que comer liviano, respetar realmente la agitación que crea a falta de aire y hacerse amigo del mate de coca, bebida universal que, con bastante azúcar, no está tan mal. Existen pastillas para el mal, pero hay que precaverse de no mezclarlas con otras medicaciones. La mayoría de los hoteles disponen de cilindros de oxígeno: diez minutos a baja presión cada dos horas permiten dormir en paz y compensar la altura. Eventualmente, y variando de acuerdo a cada persona, uno se adapta.

Noticiero

Congreso de AAAVYT

El jueves se inaugura la 18 edición del Congreso Anual de Agentes de Viajes, organizado por la Asociación Argentina de Agencias de Viajes y Turismo. El congreso se celebra en el Pasaje Dardo Rocha de La Plata e incluye varias exposiciones, mesas de trabajo y paneles especializados para la mayor capacitación de los profesionales del sector. El viernes tendrá lugar el panel dedicado al transporte aéreo, que tocará temas relacionados con la relación de las agencias de viaje y las aerolíneas, la propuesta de la AAAVYT para regularizar y proteger honorarios, los procedimientos del Bank Settlement Plan, los procesos de evaluación financiera de agencias, los cambios requeridos por el contrato IATA y la problemática minorista. El mismo viernes se realizará también el primer panel sobre transporte marítimo, dedicado a la importancia y problemas de la venta de cruceros. El sábado tendrá lugar el panel de Legal y Técnica, que discutirá temas impositivos, de control fiscal, software legal y contratos de trabajo. El mismo día se reunirá el panel de turismo nacional, que hablará de desarrollo de destinos, la incidencia de tasas y aranceles, campañas promocionales y evaluación de comercialización. Finalmente, el panel de transporte terrestre afectado al turismo receptivo discutirá la legislación actual, las trabas burocráticas, el rol de la Secretaría de Turismo y el registro de agentes del rubro.

Hotel en Colonia

El Hotel Casa del Sol, ubicado en la ciudad uruguaya de Colonia, lanzó un sitio web en Internet que ofrece la facilidad de hacer reservas "on line". Allí se informa sobre las actividades al aire libre para realizar desde el hotel y toda la información histórica del casco antiguo de la ciudad. Dirección: www.posadacasadelsol.com

ITALIA *Bolonia en Emilia-Romagna*

La ciudad docta

POR GRACIELA CUTULI

Bolonia suele quedar un poco al margen del circuito turístico más tradicional de Italia, que pasa inexorablemente –y con toda justicia– por Venecia, Florencia y Roma. Sin embargo, esta ciudad de la Emilia- Romagna, una de las regiones más famosas de la península por la buena mesa, atrae desde hace siglos a otra corriente de visitantes: los estudiantes, que se concentraron desde la Edad Media en torno a una de las universidades más antiguas y prestigiosas de Europa, y desde entonces no la han abandonado. A diferencia de otras ciudades vecinas, Bolonia no tuvo que recurrir ni a condottieri ni a banqueros para ser rica y cosmopolita: siempre la alimentó el faro de la cultura. Y si en otros lugares eran los obispos y papas los merecedores de fastuosas tumbas con bajorrelieves en mármol, en la docta Bolonia los homenajes eran para profesores universitarios que día a día contribuían desde las cátedras hasta el desarrollo cultural y económico de la ciudad.

Capital de la región de Emilia-Romagna, Bolonia es una ciudad de rica tradición universitaria en cuyo centro histórico se levantan dos curiosas torres inclinadas. Guido Guittone d'Arezzo, Giosuè Carducci, Gioachino Rossini y otros personajes fundamentales de la cultura italiana vivieron en Bolonia y contribuyeron a su fama.

Las torres de Asinelli y Garisenda, de 48 y 98 metros de altura. Son las únicas sobrevivientes de un bosque de 200 de la alta Edad Media.

LA CIUDAD ANTIGUA Bolonia era un centro urbano ya en tiempos de los etruscos. Un yacimiento arqueológico cercano, el de Villanova di Castenaso, prácticamente a las puertas de la ciudad, ha dado nombre a una civilización prehistórica, la "villanoviana", con orígenes que se remontan hasta unos mil años antes de Cristo. Más tarde, los caminos romanos fomentaron en la creación de una colonia que se convertiría en capital de lo que hoy es la región de Emilia Romagna, tan rica que pudo superar la posterior invasión longobarda y mientras media Europa se debatía entre guerras e invasiones se dio el lujo de empezar el nuevo milenio fundando una Universidad, en el año 1066.

La familia dominante –los Bentivoglio, que fueron para Bolonia lo que los Malatesta para Rímini, los Medici para Florencia o los D'Este para Ferrara– atraía con su corte a artistas y poetas en busca de mecenas bien dispuestos. Del flujo de población y el movimiento comercial que les dieron los estudiantes derivan algunas características de su arquitectura, que perduran hasta hoy: fue buscando nuevas soluciones habitacionales que nacieron los pórticos, un sistema arquitectónico que permitía extender los pisos altos de los edificios manteniendo a la vez el paso peatonal por debajo, al nivel del piso.

El patrimonio histórico de Bolonia no está tan concentrado como en otras ciudades medievales italianas sino un poco más extendido y disperso. Este fenómeno que parece no favorecerla a nivel turístico es sin embargo de una enorme riqueza, ya que el verdadero tesoro de Bolonia reside justamente en su valor de conjunto, en un complejo urbanístico y arquitectónico que ha sobrevivido intacto al paso de los siglos y sabe ponerse al servicio de aquello que más buscan sus visitantes: ambiente universitario, una variada oferta en materia de ferias de distintas especialidades, y una riqueza gastronómica casi sin par, todo acompañado por una cordialidad encantadora, tal vez definida por su posición central en el mapa de Italia, que deja atrás esa cierta frialdad del norte para contagiarse de la expansiva hospitalidad del sur.

HISTORIA Y MONUMENTOS La planta urbana del centro histórico es netamente medieval. Lo revelan las calles principales que parten como rayos desde un eje central (el decumano romano, que hoy son las calles Ugo Bassi y Rizzoli) hacia la periferia, cruzando en el camino el cinturón de murallas del siglo XIV y sus doce puertas de acceso, nueve de ellas todavía bien visibles y conservadas.

Una de sus plazas principales es la de Neptuno, bordeada por los característicos edificios de ladrillo rojo que distinguen a Bolonia(aunque se la considera "roja" no por la arquitectura sino por sus más modernas tendencias políticas), y en cuyo centro se destaca una fuente de 1563, obra del escultor flamenco Jan Boulogne. El diseño de la base, con sus ángeles y sirenas de bronce, pertenece al italiano Tommaso Laureti. Frente a la cercana Plaza Mayor se levanta el Palacio Comunal, que engloba la Torre degli Accursi, sobreelevada en 1444 para albergar el reloj público boloñés.

Hace siglos, más de 200 torres se disputaban las alturas del cielo de Bolonia, testimonio de que la ciudad también se había contagiado de una de las modas más exóticas de la alta Edad Media y el bajo Renacimiento. De ese enjambre hoy quedan dos, las más famosas, convertidas en distintivo de la ciudad, en la Plaza de Porta Ravegnana. Las torres inclinadas degli Asinelli e Garisenda son sin duda una curiosidad que merecería ser más conocida extramuros: construidas a principios del siglo XII, fueron evocadas por Dante en la *Divina Comedia*. Es sorprendente pararse al pie de ambas –la de Garisenda, rebajada en el siglo XIV por miedo a un derrumbe, mide 48 metros, y la degli Asinelli llega a los 98 metros– y comprobar sus respectivas inclinaciones (2,3 y 3,2 metros). Largas y delgadas como flechas, parecen la ilusión óptica de un gran angular, y aunque les faltan unos cuantos metros para llegar a la pendiente de la Torre de Pisa, el efecto no deja de ser asombroso. Más aún lo es subir los 500 escalones que llevan a la cima de la torre degli Asinelli, desde donde el paisaje urbano de Bolonia resulta sencillamente espectacular.

SAN PETRONIO Y SANTO STEFANO Uno de los mayores edificios medievales de Italia se encuentra en Bolonia. Es la iglesia de San Petronio, sobre la plaza Mayor, una de las más vastas de la cristiandad, que según el proyecto original debía sobrepasar las dimensiones del Vati-



Bolonia presenta los típicos contrastes italianos: los "motorinos" estacionados frente a una bella y antigua iglesia.

CERAMICAS DE FAENZA

Muy cerca de Bolonia y de Rímini, la pequeña Faenza es la capital italiana de la cerámica. Aunque hoy día sirve de cuartel general a los fanáticos de la Fórmula Uno que van en masa al circuito de Imola, desde hace seis siglos su nombre está asociado con las típicas piezas de cerámica y loza decoradas en esmaltes azules y ocres (en francés, el término *faïence*, derivado de Faenza, designa justamente un tipo de porcelanas). Museos, talleres e incontables negocios de recuerdos mantienen vivo un arte exquisito cuyas máximas manifestaciones están resguardadas en las vitrinas del Museo Internacional de la Cerámica. Sin embargo, las colecciones también incluyen desde obras locales hasta piezas internacionales de autores contemporáneos.

Museo Internacional de la Cerámica: Viale Baccarini 19. Abierto de martes a domingo. Teléfono 0030 (05) 46-21240.



La piazza en el centro de Faenza.

cano, pero terminó resultando más pequeña porque parte del dinero de la obra se usó para levantar el palacio Archiginnasio. La obra, que comenzó en 1390, fue enriquecida por los bajorrelieves de Jacopo della Quercia, sobre el Viejo y el Nuevo Testamento, en el Portal Central. Bajo las arcadas de 40 metros de altura de la nave central sesionó alguna vez, a mediados del siglo XVI, el Concilio de Trento, que escapaba así a los estragos de la peste. Entre otras curiosidades, una línea interior trazada en 1655 por el astrónomo Cassini sigue el meridiano 60.

Otros dos complejos religiosos son dignos de visitarse. Uno es Santo Stefano, formado originalmente por siete edificios yuxtapuestos bajo un mismo techo, de los que quedan sólo cuatro. Los edificios simbolizaban los lugares de la pasión de Cristo: resultan especialmente significativos la iglesia del Calvario, con la reproducción del sepulcro de Jesús, que en realidad encierra el cuerpo de San Petronio, y la Adoración de los Magos en la iglesia de la Trinidad. Dice la leyenda que la Fuente de Pilatos, en uno de los corredores, es aquella en la que Poncio Pilatos se lavó las manos después de condenar a Jesucristo. Finalmente, la iglesia de San Domenico está dedicada al monje español fundador de los dominicos, que murió en Bolonia en 1221. En el interior se encuentra la tumba del santo, el Arca di San Domenico, que incluye algunas esculturas realizadas por Miguel Angel.

AGENDA DE VISITAS

San Petronio: Piazza Maggiore, teléfono (051) 275805. Abierto todos los días.

Torres Asinelli Garisenda: Piazza di Porta Ravegnana. Abiertas en invierno de 9 a 17, en verano de 9 a 18. Entrada: $ 1,5.

Santo Stefano: Piazza Santo Stefano. Abierto de 9 a 13 y de 15.30 a 17.30. Visitas guiadas a pedido. Teléfono (051) 223256.

San Domenico: Piazza San Domenico (051) 237017. Abierto todos los días.

Aula Carducci: Palazzo Poggi, Via Zamboni 33. Abierto de lunes a sábado de 9 a 13. El aula lleva el nombre del poeta Giosuè Carducci, que dio allí clases de literatura italiana desde 1860. Se conservan la cátedra y los bancos originales de la época.

Basílica de San Luca: Via San Luca 36. Teléfono (051) 412460. Posición panorámica sobre la colina de la Guardia. En el interior se conserva un icono bizantino que según la tradición perteneció el evangelista San Lucas.

Casa Rossini: Strada Maggiore 26. La hizo construir entre 1824 y 1827 el compositor Gioacchino Rossini, que vivió en ella durante unos 20 años.

Eremo di Ronzano: Via di Gaibola 18. Teléfono (051) 580338. Sobre una colina, entre la densa vegetación, este lugar albergó al poeta Guido Guittone d'Arezzo y a otros importantes personajes de su época.

Palazzo Bentivoglio: Via Belle Arti 8. Perteneció a una poderosa familia boloñesa. Se destaca por la fachada y la belleza de los patios internos.

Palazzo Bevilacqua: Via D'Azeglio 31-33. Edificio renacentista que albergó algunas de las sesiones del Concilio de Trento.

Palazzo Orlandini: Via IV Novembre 7. En este lugar, donde nació el 15 de abril de 1874 Guillermo Marconi, se encuentra hoy el Instituto de Arqueología.

Fotos: Alejandro Elías



Manhattan, la que nunca duerme y la que no se asombra por ninguna excentricidad. La ciudad data apenas del 1600, pero como la Buenos Aires de Borges, parece eterna como el aire.

RECORRIDOS *Nueva York*

Postales de la eterna

POR LEONARDO LARINI

"Nueva York tenía toda la iridiscencia del comienzo del mundo." Así describía a la ciudad Scott Fitzgerald en los años 20. A más de ochenta años de aquella definición, la incomparable metrópoli mantiene al pie de la letra el concepto del autor de *Suave es la noche*. En el primer año del siglo 21, aunque no haya sido anunciada la explosión de ningún Big Bang y el mundo ya esté inventado, Nueva York brilla incandecente ante los ojos de cada turista y el resplandor de su fisonomía nocturna bien podría ser el comienzo de la Eternidad... una infinita noche llena de luces alcanzando las estrellas al compás de una canción de Cole Porter.

No es difícil imaginarlo desde el piso 109 de una de las Torres Gemelas. Los neones estallan rodeados por los ríos East y Hudson y de decenas y decenas de aviones que llegan o parten de los aeropuertos. Desde aquí parecen luciérnagas surcando los últimos violetas y naranjas del bello atardecer neoyorquino. Minutos después la noche irrumpe con suavidad y a pesar del frío no se puede sacar la vista de esos fulgurantes bloques de cemento que tanto asombran cuando se los contempla desde las calles y avenidas. No alcanza con los ojos. Hay que extender la mirada con el alma, y permitir que la ilusión nos confunda para hacernos creer que estamos tocando el cielo con las manos.

Por la mañana, cuando los neones duermen y los edificios entrecruzan reflejos en sus frentes, Manhattan se muestra igual de colorida. Tan colorida como la Marilyn de Andy Warhol expuesta en el MoMa. O como el insólito lobby del mítico Chelsea Hotel, adornado con cuadros y obras de arte de varios de sus huéspedes. O como los cientos de taxis que inundan de amarillo las calles.

Contrariamente a lo que se ve, Nueva York no resulta una urbe ruidosa ni de ritmo enloquecedor sino todo lo contrario. Asombra estar parado en esquinas claves y no escuchar bocinas, ni bruscas maniobras de automóviles, ni violentos arranques de ómnibus. Incluso, sobre la vereda del Hotel Plaza –en la Quinta Avenida y la calle 58– es más fácil captar el silbido de los pájaros del Central Park que el ruido del tránsito.

Como se ha dicho infinidad de veces, a Nueva York conviene conocerla caminando, pero también intercalando su subte infinito. Es que combinando la superficie con el mundo subterráneo se logra entrar en su esencia y conocerla con la totalidad de sus atrapantes variantes. El resultado es que no se puede creer que esta Nueva Amsterdam fundada tardíamente en 1624 como una aldea de 300 holandeses tuviera comienzo. Como el Buenos Aires de Borges, Nueva York existió siempre, como el agua y el viento.

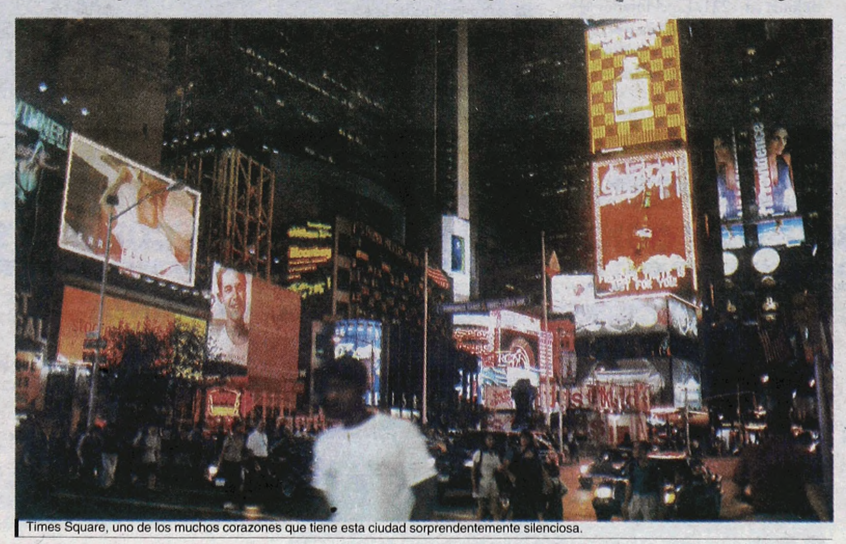
La mujer luce un elegantísimo y sobrio vestido gris debajo de un distinguido abrigo de cuero. Guantes, sombrero, gafas y cartera Armani hablan a las claras de que se trata de una importante ejecutiva. Está a dos cuadras de Wall Street, sobre Park Row, detenida en un puesto de frutas. Hace un pedido. El empleado le entrega una banana. Sí, una banana. Ella paga, la pela, le da un mordisco y sigue su camino sin que nadie –excepto el turista desconcertado– se asombre. Lo mismo ocurre en el camino que bordea al World Trade Center y lleva a Battery Park, donde una mujer pasea a sus dos perros en un cochecito de bebé. Y donde una pareja con patines pasea a sus mellizos casi recién nacidos, en mochilas sobre el pecho a la velocidad de la luz.

Nueva York se precia de no asombrarse, de acomodar las excentricidades más variadas sin levantar una ceja. Yuppies que llegan a la zona financiera de traje y en monopatín. Policías que manejan el patrullero fumando un habano. Otros policías con las barbas pintadas de verde el Día de San Patricio. Son efímeras polaroids que se tatúan en la retina. Como esa increíble carnicería del año 40 intacta y atendida por una mujer de más cien años en pleno Nolita. Un lugar fuera de todo tiempo, en el que un hombre también viejísimo corta los trozos de carne con una vieja cuchilla, rodeado de locales de diseño de indumentaria donde cada modelo de vidriera tiene precios con más de tres ceros. O el simpático gato paseándose durante toda la noche por la barra del legendario CBGB, o el living comedor de dimensiones reales construido sobre una pared de Times Square –y saliéndose de ella hacia el exterior–, resultado de la creatividad que caracteriza a Absolut Vodka para promocionar su producto. O ese maravilloso y emocionante setentón argentino tocando "Cuesta abajo" en su fueye en el subte de la calle 33. Y así a cada paso, a cada segundo. Desde el pub más informal de Harlem hasta la elegancia del Carnegie Hall. Desde los finos frentes de la Avenida Lenox hasta la suntuosidad del Waldorf Astoria. Desde las ardillitas del Central Park hasta las anguilas y langostas vivas en las vidrieras de los restaurantes del Chinatown.

Anochece, y además de las luces de los carteles publicitarios y las marquesinas de los teatros, comienzan a encenderse las delicadas velitas aromáticas de las mesas de los restaurantes de todo Manhattan. No hay uno solo que no reciba a sus comensales con una atmósfera de calma y luz tenue. Y con ritmos de jazz con bandas en vivo. Ya sea en el Soho, en el Village, en Tribecca, en Little Italy o en las principales avenidas y calles de la ciudad, los locales gastronómicos –que se llenan en su totalidad a partir de las siete– muestran este romántico y relajante aire especial ideal de fin del día. Estar en Nueva York implica también probar los pretzels que aromatizan todas las esquinas, los panchos con salsas misteriosas que ofrecen los carritos.

Hace poco alguien bromeó diciendo que Nueva York era el paraíso de los agorafóbicos, de todos aquellos que sienten pánico ante los espacios abiertos. Es cierto. Por eso hay que perderse por las calles encajonadas por los rascacielos, pasar las horas en sus inmensas disquerías, galerías y museos, en los teatros de Broadway. Siempre bajo techo con el mejor jazz del mundo en el Blue Note, el Village Vanguard, el Birdland, el Apollo Theatre. O escondido en los clubes de rock.

Los sábados o domingos, sí, un poco de naturaleza en el Central Park. O unas horas de patín en la pista del Rockefeller Center. O una escapada a Staten Island o a la Estatua de la Libertad. Pero siempre volver al corazón de la ciudad. De esa ciudad donde la entrañable Holly Golightly de Truman Capote aún sueña con su anhelado desayuno en Tiffany's.



Times Square, uno de los muchos corazones que tiene esta ciudad sorprendentemente silenciosa.